

TEMAS DE ESPAÑA EN LA LITERATURA MEDIEVAL FRANCESA (*)

El objeto fundamental de estas lecciones es presentar, lo más escuetamente posible, ciertos aspectos de España dentro de los escritores medievales románicos.

¿Qué sabían de nosotros, de nuestro suelo, de nuestras costumbres, de todas nuestras cosas esos autores que, sobre los restos de la antigua Romania, escribían en las nuevas lenguas revividas de las hablas provinciales latinas?

Como es bien sabido, sería inútil rebuscar cosas de nuestra patria en el confín oriental del Imperio, en la antigua Dacia, que allá se queda, sola, entre la oleada de las invasiones eslavas, sin el menor contacto con los demás países románicos. La Dacia cercada por eslavos y griegos, por húngaros y turcos, no despertó de su letargo espiritual hasta los albores de la Edad Moderna. Los soldados o legionarios que allí plantó nuestro Trajano, viven tan aislados de nosotros como los que la fuerza del

(*) Estas páginas reproducen, casi sin alteración alguna, dos conferencias pronunciadas en el curso de extranjeros de 1957 de la Universidad de Oviedo.

Los textos utilizados son generalmente las ediciones de los *C(lasiques) F(rançais) du M(oyen) A(ge)*, que citamos por tomos y verso, o de la *S(ociété) des A(nciens) T(extes) F(rançais)*.

Imperio asentó en los profundos valles y enriscadas montañas de la Retia. La Retia, en el declinar del medievo abre los primeros brotes de su literatura popular y campesina, de sabia conseja y de temerosa religiosidad; sería difícil encontrar en ella algo cercano a nuestros corazones y a nuestra tierra.

Los primeros textos románicos nacen apegados a la tierra, son la tierra misma, encierran cuando más el ansia posesiva de un pedazo de suelo, disputado entre temerosas protestas, apoyado en el rústico balbuceo de unos testigos; la prosaica noticia de una despensa bien provista, la breve glosa de una frase oscura, son también el frecuente contenido de las primeras literaturas románicas. Poca literatura tiene eso para nosotros, pero no olvidemos que la misma afectividad, el mismo cariño, y acaso más, era el que hacía que los antiguos "escriptorios" guardasen con el mayor cuidado tanto una escritura de venta como una secuencia en honor de Santa Eulalia o un poema en honor de Saint Léger. No olvidemos que se perdieron siempre menos escrituras que poemas y que el viejo documento a veces encierra más humanidad que el artístico poema. Sin embargo si algo queremos saber de nuestra patria, hemos de acudir al texto literario porque es siempre más universal en sus miras y no está nunca ceñido al terruño como suele ocurrir con el documento.

Descartamos pues las producciones literarias de la Dacia y la Retia, del rumano y dialectos réticos, porque están fuera de nuestro tiempo y alejadas de nuestra vida.

Dejaremos también a un lado la literatura galaico-portuguesa porque ella misma es tan nuestra que sería injusto y violento intentar desgarrarla de nosotros mismos.

Nos ceñiremos por consiguiente a los tres dominios románicos esenciales del medievo: la bárbara Frantia, la románica Provincia, la clásica Italia: al francés, al provenzal y al italiano.

Todavía nos queda el último hálito del Imperio, la lengua que se refugió en las mentes privilegiadas y en los corazones en-

cendidos por la fé, la voz de la sabiduría y de la creencia, la voz de Europa y del mundo Occidental, la que resuena por encima de todas las lenguas y de todas las fronteras, nos queda, en fin, el latín medieval. En este océano, aun no del todo navegado, se encuentran noticias hispánicas, tan frescas, tan jugosas, tan llenas de vida como en el mejor de los textos de las nuevas lenguas. Sin embargo no hemos de aducir aquí ejemplos y noticias de este dominio porque los otros son tan ubérrimos que es imposible que abarquemos tan inmenso contenido.

Es más, por ahora, hemos de reducir nuestras pesquisas a la literatura medieval francesa y aún en ella nos concretaremos solamente a aquellos temas que aparecen con más insistencia, que tienen casi un carácter de tópicos literarios, que, en consecuencia, nos revelan un trasfondo, real o imaginario, de un concepto de nuestra patria.

Las noticias hispánicas sobrenadan en los textos medievales románicos como náufragos de una remota unidad en donde todo era más cercano y conocido. En el dominio románico de la Galia las noticias son más frecuentes que en el de Italia; esto no quiere decir que hayamos de prescindir del segundo porque sea más pobre que el primero, nada de eso, si dejamos a un lado los textos italianos es porque el contenido de estas lecciones nos obliga a ello.

Sin embargo no nos hemos de lamentar por ello puesto que la literatura francesa medieval es la más representativa de todas las románicas, la más europea de todas ellas, la más universal y de más alcance. Francia era entonces el centro espiritual de la Romania y desde la antigua Scandia hasta las islas más meridionales de Europa, desde la Germania hasta Portugal, el que se preciaba de culto y cortés había de hablar francés.

La mies que vamos a cosechar, las noticias que vamos a espiar sobre nuestra patria, no nos van a dar una imagen fiel de la realidad medieval hispánica. No vamos a palpar nuestras cosas, nuestros paisajes, nuestras costumbres, nuestras virtudes o

defectos. No puede adecuarse la realidad histórica a la realidad literaria. No podemos pedir tal adecuación al autor medieval, no la encontramos a veces en los más modernos autores, cargados sus ojos de todos nuestros paisajes, sus pies manchados de todos nuestros caminos.

Todo lo más que hallaremos serán, pálidos esbozos de un vivir cotidiano apenas sentido. No respiraremos en ellos el aire de nuestras sierras, las fatigas de nuestra empinada geografía, la luz cegadora de nuestro cielo, los dilatados horizontes de nuestra meseta, el polvo y sol de nuestros senderos, el sordo bullir de nuestras ciudades.

La nueva Romania hereda de la antigua Roma su aire agreste y campesino; vive el hombre pegado a la tierra y aún la ciudad no ha erguido sus puertas al campo. Los poetas están saturados de campo y paisaje, de geografía gris o verde, de hechos cotidianos y del diario vivir. Están tan encerrados en su propio vivir que huyen hacia lo irreal, lo fantástico y maravilloso, lo extraordinario es el pasto frecuente del lector medieval.

Cuando la ciudad haya crecido, cuando el campo se haya alejado, cuando lo extraordinario se haya prodigado hasta hacerlo casi familiar, entonces será cuando el divorcio entre la literatura y la realidad comenzará a disolverse; entonces comenzaremos a sentir el perfume del paisaje y el detalle cotidiano del vivir real.

Entonces será el comienzo de una nueva edad y nuestro campo habrá desaparecido.

No por eso nos hemos de lamentar, porque el siglo XIII se parece mucho al nuestro, si media Europa soñaba aventuras extraordinarias y prosperaba en un mundo de confusión una nueva clase de ricos, a veces más poderosos que los dos poderes tradicionales feudal y religioso; el burgués por su pompa, lujo y osadía les superaba. También en el mundo actual millares de hombres huyen su cotidiano quehacer refugiándose en las extraordinarias aventuras de temibles malechoses, en las in-

trincadas marañas de crímenes bien urdidos, o en las veloces naves interplanetarias que llevan la confusión y muerte hasta el más remoto confín del mundo estelar.

La historia se repite y si en la época actual muchos nos creen toreros, donjuanes, guitarristas o pandereteros; si en la antigüedad Andalucía exportaba la gracia de sus doncellas y el ardor de sus vinos y caballos; en la Edad Media, también la España que contaba, era la de los moros, la del sur, la del sol ardoroso y la de las moras hermosísimas, la de los caballos alfaraces y árabes. España era entonces mora, era campo de batalla, país de riquezas y de próspera fortuna, último confín de la brumosa Europa. La España cristiana, apenas contaba, si algo sonaba era porque allá, en el último extremo de occidente un apóstol irradiaba la luz de sus milagros.

No podemos estructurar todas las noticias hispánicas que tenemos reunidas, solamente vamos a exponer las más caracterizadas y considerarlas temáticamente.

Comenzaremos por el tema de los corceles hispanos que tiene una vivencia de casi tres siglos y que desaparece antes del siglo XV, después de una precaria vida durante fines del XIII y XIV. Luego pasaremos a considerar el mito de las fabulosas riquezas hispanas, mito que nuestra patria ha desarrollado y cultivado con especial interés desde los más remotos tiempos y que acaso haya pasado de la Antigüedad al Medievo en los dos países independientemente. Pasaremos después a estudiar una serie de menciones en donde nuestro país aparece citado como un lejano confín, último extremo de un dilatado mundo, término de una encarecedora comparación (1). Daremos fin a nuestras lecciones deteniéndonos ante dos textos uno del siglo XIII y otro del XIV en donde nuestro suelo es teatro de parte de sus aventuras; en ellos tendremos ocasión de esclarecer una curiosa aventura del reino Almeriense y otra que tiene por escenario la ciudad de Cartagena famosa por sus riquezas (1). Luego y

(1) No incluimos este tema en la presente publicación.

a modo de epílogo mencionaremos algunas citas de orden religioso que nos demuestran el prestigio de nuestros santuarios desde Santiago a San Salvador de Oviedo.

I. CORCELES HISPANOS EN LA GALIA MEDIEVAL

Desde los más remotos tiempos España es famosa por sus caballos. Nos lo confirman múltiples pasajes de autores clásicos. Nuestra patria siempre fué rica en corceles.

Recordemos los famosos *asturcones* y *thiildones*, seguros, veloces y resistentes que las montañas de Asturias y Galicia sustentaban. Las prolíferas yeguas que cerca de Olísipo, en las últimas márgenes del Tajo el blando Favonio, viento del oeste, fecundaba. Los caballos andaluces, temibles en la carrera, inquietaban, con su proverbial rapidez, las competiciones equestres de todos los Circos del Imperio. Los autores griegos y latinos dedican con mucha frecuencia frases elogiosas a nuestros équidos.

Así estaban las cosas antes de cernerse sobre el Imperio la tempestad de los Bárbaros.

Desarticulada la poderosa organización administrativa del Imperio, repartido el mundo romano en diversas regiones, rotas y abandonadas las seguras calzadas que llevaban a Roma, yermos casi los campos y desiertas muchas ciudades; ya no nos falta más que preguntar en que quedó la fama de nuestros celebrados corceles.

Si no queremos caer en graves errores hemos de proceder con cautela metódica. Ante todo la primera reflexión que debemos hacer es que la desarticulación del Imperio trajo consigo la del Comercio, pues, sin seguridad, éste no puede realizarse.

El comercio marítimo, el que llegaba a los más remotos confines, el más fácil, recibe un duro golpe en el Mare Nostrum, primero por obra de los piratas vándalos y luego por la conquis-

ta musulmana que como una inmensa oleada cubre todas las costas del Asia y Africa. Ya las naves romanas, que cruzaban las ondas del Mediterráneo cargadas con nuestros caballos, comenzarán a frecuentar cada vez menos nuestros puertos y con ellas se irá perdiendo la nombradía de los caballos hispanos. El comercio por el Atlántico, el mar Tenebroso, no ofrece mayores seguridades: los Vikingios eran temibles por sus naves corsarias.

Queda la tierra y las antiguas calzadas que ni siquiera las Invasiones lograron destruir; pero a sus bordes acechan cuadrillas de ladrones, las cuales si ya inquietaban los viandantes romanos en la época en que la Ciudad Eterna hacía sentir su autoridad en todas partes, que sería ahora que ésta se había perdido totalmente. Su número se había acrecentado y el peligro se hizo mucho mayor. Pocos eran los que se atrevían a un largo viaje, y si se viajaba se iba en tropel, enormes muchedumbres que se reunían para compartir los peligros.

Sin seguridad en la tierra ni en el mar no hay posibilidad de comercio y los caballos hispanos no podrían llegar hasta muy lejos.

Estas serían las condiciones de vida en el alto medievo, pero no hay duda de que pronto hubo de cambiar el panorama y a medida que la autoridad de cada una de las zonas románicas en que se fragmentó el Imperio comenzaba a dejarse sentir.

¿El comercio, la realidad hizo revivir nuestra nombradía en caballos? ¿Como hemos de explicarnos que en los más antiguos textos franceses se celebren nuestros caballos? ¿Fué solo el comercio o acaso tenemos alguna otra posibilidad de explicación? ¿Por qué nuestros caballos galopan raudos por los viejos textos de la Galia medieval?

He aquí una serie de interrogantes de difícil respuesta, un problema que ha de ser atacado por distintas vías si queremos llegar a una conclusión definitiva.

Por un lado le toca a los Historiadores de la Economía informarnos sobre este comercio en particular. Nosotros hemos

consultado algunas voluminosas historias del Comercio de varias ciudades famosas de la Galia, centro espiritual de la Romanía del medievo, sobre todo las de Marsella, Toulouse y Caen y en ninguna de ellas hemos hallado pruebas fehacientes de la existencia de un comercio de équidos hispanos, el cual nos explicaría el frecuente hormigüear de nuestros corceles en los textos medievales franceses.

No queremos decir que hayamos agotado las pesquisas, es más, debemos confesar valientemente que apenas las iniciamos y que es mucho lo que hay que consultar para llegar a una segura solución de tan oscuro problema. Pero aunque un día logremos confirmar la existencia de un frecuente comercio equino con el país galo, nos quedará siempre la duda de saber si las mencionadas alusiones tienen un origen puramente literario, si son una continuación del clásico tema de los caballos hispanos, puesto que el literato medieval estaba, dígame lo que se quiera, bastante cargado de literatura en el más literal de los sentidos.

Quien haya leído cualquier texto medieval románico de allende los Pirineos o incluso los Alpes, casi a buen seguro se habrá encontrado con la palabra "*destrier*", "*destriere*" o "*destriero*".

Sobre el origen de esta palabra no hay duda alguna de que remonta a un latín tardío "*dextrariu*", palabra relacionada con "*dextera*" "diestra", y de que las formas italianas son meros galicismos (1).

No hay sin embargo pleno acuerdo sobre la motivación etimológica entre la base latina y el significado romance. Unos dicen que era llamado así porque dicho caballo se llevaba o conducía por la mano diestra del escudero cuando el caballero descansaba de los ardores y fatigas bélicas. No parece esto un motivo muy convincente para dar nombre a un género de caballos

(1) Cf. W. V. Wartburg: FEW, III. s. v. DEXTER y C. Battisti-G. Alessio: Diz. Etim. It. II. p. 1265. •

y por eso hay autores que creen que su nombre se debe a que los destriers galopaban sobre el pié derecho.

De estas significaciones etimológicas apenas queda rastro y, ya desde los primeros monumentos literarios, el *destrier* es el *caballo de batalla* o *torneo*, el caballo de mejores condiciones para el combate y la guerra.

Pues bien, es casi un lugar común en los textos medievales de la Galia, que estos *destriers* sean españoles o de regiones hispánicas.

Son muchas las descripciones que poseemos de los famosos *destriers*, los autores de la épica nunca desperdician la ocasión de describir uno de estos hermosos corceles. Solamente vamos a recoger dos de ellas, una la más antigua y otra la más moderna a fin de confirmar la pervivencia del cultivo artístico de la figura del corcel. Entre una y otra media más de un siglo y es raro encontrar textos épicos que no rindan tributo a este tópico literario.

Veamos primero como concibe el autor de la *Chanson de Roland* al *destrier* del batallador arzobispo Turpín:

Li destriers est e coranz ed adates,
Piez at copez e les gambes at plates,
Corte la quisse e la crope bien large,
Lons les costez e l'eschine at bien halte,
Blanche la code e la crignete jalne,
Petite oreille, la teste tote falve:
Beste n'est nule ki encontre lui alget.

(Jenkins: 1390-1496)

Oigamos ahora al poeta de "*Le siège de Barbastre*", detengámonos ante la descripción del *destrier* de Girart del Conmarchis:

De la seue figure vos sai conter assez:
Il ot megre la teste, s'iert par leus estelez.
L'ueil apert et bien cler, et si fu pomelez,
Et ot base la croupe si fu haut encoëz.

(C. F. M. A. 54, vv. 1908-1911)

Tras estas cumplidas pinturas de los bravos corceles del valeroso Don Turpín y del heroico Girat del Conmarchis, vamos a hacer una breve excursión, a través de los textos épicos medievales, para ofrecer una pequeña antología del caballo hispano tan renombrado por sus virtudes.

Comenzaremos por el *Gormont e Isembart*, ese tempestuoso fragmento de canción de gesta, lleno de sangre y horror, escrito en aire de marcha guerrera, en donde una estrofa martilleante marca las repetidas oleadas del ir y venir, del avanzar y retroceder de la batalla; allí se nos presenta a un guerrero francés con estos términos:

Eis lur puignant Tierri de Termes
sur un *cheval bai de Chastele*;
gesques al rei Gormont n'areste.

(C. F. M. A. 14** vv. 47-49)

Si el caballo de Tierry es de Castilla, también encontramos menciones de corceles procedentes de otras regiones españolas. En la "*Chanson d'Aspremont*", cuando el jovenzuelo Rolandins, el futuro Roland, sale a pié de Loon con sus cuatro compañeros, ven marchar ante ellos cinco bretones de la mesnada del buen rey Salemon:

Quatre destriers que lor dona Carlon
Avoient cil en lor comandison;
Coviers estoit cascuns d'un auqueton.
Dist Rollandins: "Alons, si lor tolons,
Qui que il soient, ja ne lor demandon".
Et cil respondent: "A Deu beneïçon".
Rolandins fiert le premier enz el front;
Cil chiet a terre les janbes contre mont.
"Laissez", dist il, "*le destrier arragon*".
Rollanz le prent, si saut en l'arçon,
Puis point avant, si saisit un garçon,

Si le ferit de son poing el chaon
 Qu'il le rabat a terre a genoillon.
 Prent le destrier, si le dona Haton.
 Que vos diroie? Trestoz toluz lor ont.
 Et cil s'enfuient, ne dient ol ne non.
 Conter le vont au fort roi Salemon:
 "Par ma foi, sire, je ne sai quel gloton
 Nos ont toluz nos *destriers arragons*".

(C. F. M. A. 19. vv. 1323-1341)

De estos *destriers arragons*, magnífico regalo del gran Emperador de la Barba Florida a uno de sus más fuertes campeones, el rey Salemon, ganados en un combate demasiado fácil, no puede descender el precioso "*Veillantif*", el generoso y perspicaz caballo del que luego ha de ser el más valiente de los Pares.

Aquí vemos al héroe que se remonta por los caminos de la fama; pero como antes nace y despierta en el mundo de las letras el hombre en su plenitud heroica y luego se remonta a su infancia, que también ha de estar poblada de hechos extraordinarios; olvida el autor del *Aspremont* que su protagonista aún no es Rollant y por eso no debería aplicarle ese nombre sino el de Rollandins, pero pesa sobre él todo el enorme prestigio del caído en Roncesvalles, toda la avasalladora fuerza artística de la *Chanson* y el héroe aun no nacido, suplanta al heroecillo, Rollant suplanta a Rollandins.

Todavía hemos de encontrar más ejemplos de caballos de Aragón dentro de nuestro poema. Hay una conmovedora escena en la que es necesario enviar una urgente embajada a los de *Aspremont*; el joven Richiers, pupilo querido del viejo y venerable duque Naimés, se ofrece gustoso a ello. El anciano duque protesta a Carlos, le recuerda el carácter irascible y fiero de su amado retoño, carácter poco apropiado para tal cometido, que requiere principalmente seso, medida, juicio; pero todo es

en vano. El Emperador se lo ha prometido e irá. Parte el valeroso caballero, y, ya avistando Aspremont, desde las escarpadas rocas, le vé un grifo que anda buscando presa, lánzase como rayo contra el ginete y

Quant vit Richier venir tolt le sablon,
 Viers lui en vient volant par tel randon
 De ges des eles feri sor le baron,
 Sor son escu par tel devisiön
 Nel pot tenir ne çaingle ne arçon.
 Anchois qu'en piés revenist li frans hon,
 Ot il saisi son *destrier arragon*,
 Toltes ses ongles li embat el braon,
 Se li errage le fié et le polmon,
 Tolte l'entralle, si con li boël son;
 A ses faons l'en porta contre mont.
 Richiers releve, tols plains de marison;
 Traite a l'espee qui le pent al geron,
 Qu'il en cuida bien prendre vengison;
 Mais il ert ja desor la roce en son.
 Lors fu dolans durement li frans hon:
 "Dex", dist Richiers, "par ton saintisme non,
 Coment porai sormonter Aspremon,
 Quant ai perdu mon *destrier arragon*?"

(C. F. M. A. 19. vv. 1837-1855)

Dejemos al pobre *destrier arragon* convertido en pasto de los voraces grifos y al desconsolado Richier al pié de Aspremont atacado por feroces alimañas.

Estos "*destrier arragon*" pululan por todo el poema, y el adjetivo *arragon* llega a tener un valor sustantivo, llega a significar un caballo de batalla, un buen corcel. En el *Dictionnaire de l'ancienne langue française* de F. Godefroy pueden verse algunos ejemplos.

Pero también en nuestro poema, *arragon* es un adjetivo encomiástico y determinante de toda buena propiedad, de buena clase. La evolución semántica del adjetivo ofrece paralelos con la que en la lengua latina experimentó el adjetivo *asturcone*, primeramente caballo procedente de Asturias, pero como los caballos de esta región eran de excelente calidad, luego pasó a significar, hecho sustantivo, caballo excelente proceda o no de la zona asturicense.

Mientras que la palabra latina solo avanzó en dirección sustantivadora concretándose el dominio semántico de los équidos, nuestro *arragón* generalizó su contenido llegando a ser sinónimo de excelente. Así nos explicamos que en el mismo Aspremont, cuando el valiente arzobispo Turpín llegaba al pabellón o tienda del Emperador, le encuentra de este modo:

Le roi trova sor un *paile arragon*.

(C. F. M. A. 19*. v. 3991)

un manto de Aragón, un excelente manto cubría el cuerpo del poderoso Carlos.

Pero no solo Aragón ha de llevarse la fama; en el mismo poema, ya en el fragor del combate hemos de describir corceles de nuestra patria.

Nada menos que el del temible Eaumont, el hijo del prepotente Aigolant, tan poderoso como el propio Emperador, es un *destrier de España*:

En vos Eaumon sor un *destrier d'Espagne*.

(C. F. M. A. 19. v. 4657)

y no olvidemos que era de Eaumont, el *Veillantif* de Rolland, a este caudillo hijo de Aigolando se lo arrebató después de matarle en singular combate. El más famoso de los caballos de la vieja épica era también hispano.

Otro gigante sarraceno cruza raudo hacia el campo de batalla:

Triamodés vint pognant la valcele
 Bien fu armés el *destrier de Castele*.

(C. F. M. A. 19. vv. 4668-4669)

y hénos aquí otra vez ante los famosos corceles de Castilla. Castilla y Aragón, España cristiana; no hemos de creer a pié juntillas estas distinciones de los épicos franceses. Para ellos España es Castilla y Aragón, porque no asoma España su cabeza por encima del Pirineo hasta que los dos grandes reinos no quedan constituidos. Galicia y Asturias que apacentaban en sus verdes lomas los hijos de los viejos Asturcones quedan incluidas pero innominadas en la joven Castilla. Galicia guardaba en su seno la palabra mágica que todas las bocas de la Europa del medioevo invocaban a la hora del peligro, Asturias, en el camino de Compostela, tenía un San Salvador cuya protección, aún en el siglo XV, invocaba contra las trapacerías del pícaro Pathelin, el pobre vendedor de paños:

Path. Ha! sire, envoyés l'en a ses
 brebis!. Il est fol de nature.
 Drap. Est il fol? Saint Sauveur d'Esture!
 il est plus saige que vous n'estes.

(C. F. M. A. 35. vv. 1395-1398)

No aparecen en los textos medievales de la Galia alusiones a caballos de Asturias o Galicia a pesar de que tenemos pruebas fehacientes de la existencia de grandes yegadas sobre su suelo. Esto es lo que nos hace pensar que no tiene un fundamento real, sino que son imaginaciones artísticas, las frecuentes alusiones a nuestros corceles.

Pero continuemos en nuestra tarea y pasemos a examinar otro ciclo épico, el de Guillaume.

Cercana a nuestra patria, casi tanto como la *Chanson de Roland*, está la *Chanson de Guillaume*, es, por lo tanto de esperar que las menciones hispánicas hormigueen en ella, ya que ella misma está en nuestro horizonte.

En la *laisse* XII de dicho poema, el valeroso caballero Tedbald, pide las armas, se las van a buscar. Le traen una muy bella y clara cota de mallas, un verde yelmo encajan en su cabeza; luego ciñe la espada, brilla su hoja hacia el suelo; lleva al brazo un gran escudo y un agudo venablo en su diestra; despliegan hasta el suelo la blanca enseña.

Dunc li ameinent un *cheval de Chastele*.

Dunc munte Tidbald par sun estriu senestre,

Si en est issu par une des posternes.

Al dos le siwent dis mil homes od helmes.

(S. A. T. F. vv. 139-142)

A tal caballero, a tales armas, solo le va bien un caballo de Castilla. Pero dejemos perderse, a lo lejos, el ligero galopar de los ginetes. Presurosos caminan hacia L'Archamp, donde les espera dura refriega. Nosotros busquemos más caballos.

Detengamosnos ahora ante un gracioso episodio: por la mañana, cuando rompe el alba, despiértase Willame; toca con fuerza su trompa y más de sesenta en el prado contestan a su llamada. Oye el estruendo el gigante marmitón Rainouard, sale de su tienda aturdido, en la cocina olvida su enorme maza. No se da cuenta de ello hasta que llega a un vado. Lava su cara en el agua fresca y se despejan de su mente los humores del vino. Retorna Rainouard en busca de su clava. Encuéntrase con Guillaume, dícele éste que corte una en el bosque, se niega a ello el marmitón y, al fin, hace Guillaume que le vayan a buscar su maza, ya con ella en la mano, el gigante augura mal destino a todos los paganos que en L'Archamp combaten.

Dient Franceis: "Cist lechere se desve,
 Bataille quert; e Deus li doinst pesme!"
 Car as cowarz tremblout la bouele,
 E les vassals s'afichouent es seles
 E as *destrers* abrivez de Castele,

(S. A. T. F. vv. 2785-2789).

Mal decían aquellos franceses y bien desmintió con sus hechos la falsedad de tales insultos, Rainouart no era de esos, bien lo pregonó el estrago de su temible maza. La alta calidad de nuestros corceles no podía ser empañada con la floja cobardía de un vasallo, pero Rainouart era hijo de reyes y nada menos que hermano de Dame Guibourc, la valerosa defensora de Orange, la mujer de Guillaume; todavía no se había descubierto su linaje, pero luego su origen se esclarece y su valentía queda explicada.

No podemos detenernos más en la Chanson de Guillaume y vamos a pasar a otra de su ciclo, al "*Couronnement Loois*".

Aquí vemos al poderoso Guillaume sosteniendo con su esfuerzo al pobre rey Loois, acongojado con las malas noticias que los mensajeros traen de Roma. Toma Guillaume la palabra:

Faites vos omes et vos barons mander,
 Et tuit i vieignent li pobre bacheler.
 A clos chevaux, a destriers desferrez,
 A guarnemenz desroz et despaneiz;
 Tuit cil qui servent as pobres seignorez
 Vieignent a mei: jo lor donrai assez
 Or et argent et deniers moneez,
Destriers d'Espagne et granz muls sejoinez
 Que j'amenai de Rome la cité.

¿Con qué mejor regalo podía tentar Guillaume la pobreza de los hidalgos y vasallos? El *destrier de España* era el sueño dorado del guerrero de la épica, es regalo de reyes, recordemos

los cuatro primeros, regalo, nada menos que del generoso Carlos al buen rey Salemon; no se prodigan los destriers en las canciones de gesta, como no se prodiga el oro o los héroes. Son siempre muy contados. Guillaume liberal ofrece todo, oro, plata, dineros, caballos para el combate y forzudos mulos para cargar el botín.

El temible Corsolt, el soberbio e incrédulo pagano que tiene a toda Roma acongojada por la suerte de Guillaume con el cual lucha en singular combate y cuya temible espada ha de dejar en su rostro la heroica cicatriz que le ha de dar renombre, va montando en un caballo de nuestras tierras:

Lors trestorna son *destrier aragon*,
Et trait l'espee qui li pent al giron,
Et fiert Guillelme par tel devision
Que le nasei et l'elme li desront.

Forzoso nos es abandonar la hermosa gesta del "*Coronement Looïs*", si es que queremos lanzar una ojeada a las obras más importantes del ciclo.

Entremos ahora en el "*Charroi de Nimes*". Es al comienzo mismo del poema, ya la vida del héroe se perfila, comienzan los recuerdos, Guillaume descansa, pesan sobre él muchos hechos granados: la conquista de Orange la cité, su matrimonio con Dame Guibourc ganada a Tiebaut l'Escler, la derrota en singular combate a las puertas de Roma de Corsolt. Tanto ha hecho en la tierra que casi es coronado en los cielos, dice el poeta. La guirnalda del héroe se apresta a recibir los últimos laureles. Es un comienzo idílico. Era el mes de mayo, el joven tiempo del estío, se cubren de hoja los bosques, reverdecen los prados, los pajarillos cantan suave y blandamente.

Li cuens Guillelmes reperoit de berser
D'une forest ou ot grant piece esté
Pris ot dos cers de prime gresse assez,
Trois *mul*s d'Espagne et chargiez et trossez.

(C. F. M. A. 66. vv. 17-20)

Antes oímos enumerar entre los dones con que Guillaume tentaba a los pobres hidalgos, “*granz muls*” de Roma, ahora nos encontramos también con “*muls d’Espagne*”. Parece que los équidos de nuestra patria son famosos en todas sus variedades, tanto los caballos como los mulos. ¿No será esto fantasía de poeta? Podría pensarse afirmativamente, pero hay algo que nos deja suspensos. Nuestros mulos son famosos ya desde la antigüedad. Plinio dice (HN, VIII, 170) que se vendió uno en 400.000 sextercios y en otra ocasión vuelve a hablar de la alta cotización de nuestros mulos. Diodoro de Sicilia habla de los grandes y forzudos mulos de las Baleares. Y he aquí que, en pleno siglo XII, un poeta anónimo pregona la excelencia de los animales que siglos, muchos siglos antes, los autores clásicos reseñaron.

También, al igual que Diodoro, el autor de la *Chanson d’Aspremont*, encómia la fuerza de los *mulos de Aragón*, y en consecuencia la riqueza y magnitud de un obsequio:

Qatre mulet des plus fors d’Arragon
Pas ne portassent icele oblatiön.

(C. F. M. A. 25. vv. 7605-7606)

Pero no solo los mulos hispanos se asoman por el *Charroi de Nîmes*, tampoco allí pueden faltar nuestros *destriers*.

Es Guillaume, él habla subido en una mesa. Habla con voz alta y clara. Se dirige a los barones franceses, incita a los pobres “*bachelers*”, ofréceles dineros, heredades, castillos y marcas, torreones y ciudades, si van con él a conquistar España. Su voz vuelve insistente a repetir:

S’o moi s’en vienent Espagne conquerer,
Et le país m’aident a aquiter
Et la loi Deu essaucier et monter,
Tant lor dorrai deniers et argent cler,
Chasteaus et marches, donjons et fermetez,
Destriers d’Espagne, si seront adoubé”.

(C. F. M. A. 66. vv. 651-656)

Pero, no cerremos el libro sin antes oír la respuesta de sus vasallos:

Quant cil l'oïrent, si sont joiant et lié;
 A haute voiz commencent a huichier:
 "Sire Guillelmes, por Deu, ne vos targiez
 Qui n'a cheval o vos ira a pié"

(C. F. M. A. 66. 657-660)

La rica perspectiva, vuelve impacientes a los vasallos de nuestro héroe, pero, mientras ellos, a pié o a caballo vuelan hacia nuestras tierras, detengámonos nosotros ante las almenas de Barbastro, la ciudad de los tesoros, "de grant richesse et moult garnie" como dicen las antiguas Crónicas.

Antes de entrar en la literatura hagamos unas brevísimas consideraciones de orden puramente histórico (1).

En mayo de 1064 un ejército de cruzados franceses se concentra con el objeto de conquistar Barbastro, bastión que defendía el acceso a Zaragoza y Lérida, a las ricas y fértiles llanuras del Ebro. Sitiada la ciudad por el mes de junio, pronto hubo de rendirse a consecuencia de la obstrucción fortuita del acueducto de la fortaleza, la cual tuvo que entregarse antes que perder de sed.

Hacia fines de julio Barbastro estaba ocupada. El autor árabe Ibn Hayian nos ofrece un vivo cuadro de la conquista de la ciudad, a sangre y fuego, por los vencedores. Una espantosa carnicería, a pesar de las capitulaciones, hicieron los cristianos en sus habitantes. Más de cincuenta mil personas perecieron o fueron vendidas como esclavos por todos los mercados de la Cristiandad. Mujeres y doncellas fueron entregadas a la lubricidad de los soldados. Solo al jefe de la expedición le correspondieron quinientas mujeres hermosísimas y quinientas cargas de enseres, joyas y vestidos.

(1) Cf. Boissonnade: "Du nouveau sur la Chanson de Roland", p. p. 24-27.

Cruza entonces por el ambiente un huracán de conquista y cruzada hacia nuestras tierras azotado por el afán codicioso de las fabulosas riquezas del suelo hispano. Afán éste que descubriremos en otro capítulo en donde recogemos las menciones literarias de nuestras fantásticas riquezas: así nace también el mito de la España, país de aventura y de conquista: los castillos de España.

La toma de Barbastro tuvo un tremendo eco en Córdoba y al año siguiente tocó la revancha a los moros, pues, retiradas las fuerzas de los cruzados y quedando en la ciudad una pequeña guarnición de españoles y franceses, entregados a las molicies del vino, el amor y la música, fué atacada por los moros, y, en una primera razia mil caballeros y cinco mil infantes fueron cortados en pedazos.

Poco después Basbastro fué ocupado por los moros ejerciendo terribles represalias en sus habitantes.

El tema histórico que nos ocupa tuvo su repercusión literaria en una canción de gesta: "*Le siège de Barbastre*", emparentada también con el ciclo de Guillaume. En ella vamos a rastrear algunas alusiones a nuestro tema, dignas de atención.

El ambiente general de la obra es bien diferente de la realidad. Hay menos ferocidad y menos sangre que en otras obras del ciclo; la sangre y la ferocidad han quedado para la historia. Aquí es todo más cortés y más humano.

La mujer tiene aquí una importancia, juega un papel mayor que en otras obras del género épico.

La bella Malatrie, hija del "amustante" de Córdoba viene a contemplar como combaten sus guerreros. Queda prendado de ella el gentil Libanor. La hermosa doncella quiere probar el ánimo de su enamorado y va a pasearse ante el fuerte. Ve a ambos Girart, hijo de Buevon, se arma a toda prisa y lucha con Libanor por la posesión de la dama, incrépale:

Cuivert, car broche tost ce *destrier arragon*;
La pucele avrai ge ou tu veilles ou non.

(C. F. M. A. 54. vv. 2003-2004)

Sigue la batalla, de un lanzazo arrójaló Girart al agua:

Dolanz fu Libanor, qant se santi en l'eve,
 Et as piez et au meins est revenuz sor terre.
 Et Girart a sessi le *destrier de Castele*,
 Einz ne fina de poindre, si vint a la pucele.
 Cele le voit venir, si clina de la teste,
 Et Girart la salue a la loi de sa terre,
 En langage grezois: "Dieus vos saut, damoisele.
 Ce destrier vos presant, mes n'i a point de sele,
 De par roi Libanor, qui sire est de Tudele.
 Vez le la ou se bange laïs en mi cele ave
 Por la grande cholor qui durement l'enserre

(C. F. M. A. 54. vv. 2048-2057)

El poeta con su graciosa nota de ironía tiñe las socarronas palabras de Girart y hasta parece que con nosotros mismos juega, porque si mal no recordamos Girart le dice que espolee el *destrier arragon* y ahora que ha derribado al pobre Libanor su destrier se hace de *Castele*. Son estos descuidos de poeta que por todos los textos ocurren y es muy posible que lo que carezca de fundamento real sean las localizaciones de los équidos.

Antes de dejar Barbastro veamos el ligero galopar de otro ginete por el campo de batalla:

Guibelin lesse corre le *destrier de Castele*
 Madoine ala ferir sor la targe novele.

(C. F. M. A. 54. 5487-5488).

No disponemos de tiempo para escudriñar nuestro tema en otros ciclos de la épica; pero no hemos de olvidar que la épica encierra el balbuceo literario de los países románicos y las primeras y más puras manifestaciones artísticas.

Caballos hispanos, cosas hispanas rondan por la épica francesa, no podría ser de otro modo porque en España estaba la

más insegura de las fronteras, el más temible enemigo, la zozobra de la cristiandad. Pero cuando la sangre y las heridas se restañaron, cuando las ciudades humeantes de ruina se reconstruyeron, cuando el peligro se alejó para siempre y el dique hispano contuvo por sí mismo al enemigo, entonces fué cuando los poetas recordaron con punta de pluma lo que los héroes hicieron a punta de lanza. Sumergiéronse los hechos en el profundo hoyo de la historia y la verdad se enlazó estrechamente con la fantasía y ambas abrazadas crearon gestas en donde España se siente pero no se toca. Pisaron España los héroes de sus poemas, montaron nuestros briosos corceles, fatigaron con su paso nuestros caminos y roja su sangre tiñó este suelo; pero sus autores no hollaron nunca con su pié nuestro suelo ni acaso vieron el ardor combativo de nuestros caballos y muy poco sabían de lo nuestro.

El tiempo encarnó en cuerpo de moro todo enemigo que inquietó el suelo de Francia bien fuese el rubio sajón, el oscuro celta o el moreno ismaelita. Mahome, Apollín, y otra cuadrilla de demonios son siempre sus dioses, todos llegan en el torbellino de la épica a identificarse en una extraña paganía que demuestra la escasa realidad que envuelve a sus autores.

El tema que vimos pujante galopar a través de las grises líneas de los viejos poemas épicos, lo volveremos a encontrar vigoroso y bien plantado en el antiguo "roman".

En el *Tristan* de Beroul, en donde el amor sosiega los fragores del combate, el *destrier* se hace *cheval*:

Tristram s'en vet du parlement,
Vient a son mestre, qui l'atent.
Deus *chevaus riches de Castele*
Ot amené, o frein, o sele,
Et deus lances et deus escuz.

(C. F. M. A. 12. vv. 3985-3989)

Chrétien de Troyes, el elegante cortesano de la corte de

Champagne, rinde varias veces tributo a nuestro tema, no solo en la piadosa y edificante vida de *Guillaume d'Angleterre*, en donde

Lors s'est li rois mis a le voie
Sor un grant *destrier de Castele*.

(C. F. M. A. 55. vv. 2152-2153)

¡Que distinto aprecio tienen en este autor nuestros corceles, el ardoroso caballo de las lides ya le vemos convertido en un pacífico caballo que pasea al devoto rey por la capital de su reino, abandonado durante largo tiempo por los duros azares del destino!

¡Que diferencia con el otro Guillaume, el *au corb nez*, para aquel un *destrier* es un preciado tesoro capaz de arrebatarse el sosiego pacífico de sus vasallos y arrastrarles a la conquista de un reino; para este otro un *destrier* es un caballo digno de un rey, aun cuando el rey no sea digno de tal caballo.

En *Erec et Enide*, vuelve a pulsar Chrétien el tema de nuestros caballos, pero el *destrier* no se halla tampoco en su ambiente. La distancia que separa al guerrero del caballero, el conquistador de tierras del ordenador de costumbres, el fragoroso combate del elegante torneo, es la misma que separa al *destrier épico* del *destrier caballeresco*. Allí lo veíamos dispuesto para el combate, ganado entre el botín, rodeado de grandeza, aquí lo vemos empequeñecido entre los múltiples regalos que recibe el héroe:

Le jor ot Erec mainz presanz
De chevaliers et de borjois:
De l'un un palefroi norrois
Et de l'autre une cope d'or;
Cil li presante un ostor sor,
Cil un brachet, cil un levrier,
Et li autres un espervier,
Li autres un *destrier d'Espagne*;
Cil un escu, cil une ensaigne,
Cil une espee, et cil un hiaume.

(C. F. M. A. 80. vv. 2384-2393)

¡Pobre *destrier* de España, cuan poco le precia el cortesano clérigo de la corte de Marie de Champagne, cuan poco le entusiasmo! Ahí se queda como un obsequio más al lado de un perrillo, un lebrél, un gavilán o un escudo. ¡Qué diferente aire se respira en el *roman courtois*!

La misma sensación nos invade al leer el *Galeran de Bretagne* de Jean Renart, en donde en tres ocasiones se rinde tributo al viejo tema de nuestros corceles:

Ses dix compaignons de Bretagne.
 Sus leurs *courans chevaulx d'Espagne*
 Sient armé d'un seul conroy;

(C. F. M. A. 37. vv. 5609-5611)

Sería inútil intentar buscar una descripción de estos caballos, los autores del *roman courtois* no siente la menor complacencia en describir uno de estos nobles brutos, los de la épica sí, muchas veces se detienen complacidos en su descripción y el gozo de los caballos palpita en toda su obra.

Aquí no, los caballos pasan ligeros e inadvertidos, el compañero de fatigas del guerrero queda olvidado, solo el caballero cuenta.

En una ocasión cita Renart un caballo toledano:

Encoste li le preu Rigal,
 Qui filz est au forestier Blou:
 Oncques en pié n'ot fer ne clou
 Ses *destriers Fauveaus de Tolete.*

(C. F. M. A. 37. vv. 5632-5635)

En otra nos cita un corcel de *Portigal* (Portugal), pero sus citas carecen de vida como sus corceles:

Et li Chevalier de Champaigne
 Brochent les bons *chevaulx d'Espagne.*

(C. F. M. A. 37. vv. 577-5778)

Les vemos marchar ante nuestros ojos sin vida y sin cariño, la Corte ha sustituido al campo de batalla, el burgués al guerrero, nuestros *destriers* no han nacido para cortesanos y se sienten poco a gusto en tal ambiente, forzoso es que le abandonen.

Busquémosles una vez más en un fantástico *roman de la Table Ronde*, en *l'Atre Périlleux*, fugazmente, a paso de andadura, sin ardor ni vida, como simples portadores de caballeros les vemos desfilar:

Puis li vindrent dui chevalier
Armé sor dous *destriers d'Espaingne*.

(C. F. M. A. 76. v.v. 5788-5789).

Y así, poco a poco, sin vida casi, por los grises senderos del arte literario, se pierden en lontananza aquellos corceles que vimos ágiles caracolear y agitarse, piafar y cocear ardorosos en las páginas marciales de la épica.

Y la palabra *destrier* se va con ellos a dormir por largo tiempo en las monótonas columnas de los diccionarios de la lengua antigua. Pero ni los corceles ni las palabras se mueren y cuando estas se marchitaron, cuando aquellos languidecieron, otros y otras, jóvenes y nuevas, vinieron a ocupar su puesto, y *alfaraces* y *zenetes* brincaron los Pirineos y allí se quedaron para recuerdo nuestro.

II. ESPAÑA PAIS DE RIQUEZAS Y AVENTURAS

Nuestra patria, desde los más remotos tiempos, tiene fama por sus riquezas. Recordemos el fabuloso reino de Tartessos, tan frecuentado por las naves fenicias.

Plinio se entusiasma hablando de nuestros tesoros. El oro se hallaba casi a flor de tierra, la plata era abundantísima.

¿Quién no recuerda allá en los remotos confines del Occidente, donde los caballos de Poseidón hunden sus cuerpos en el bullente océano, en la verde Gallaecia, aquella montaña de oro,

sagrada y cubierta de encinas, que solo el rayo puede tocar y que cuando él la hiere el precioso metal corre en puras y finas vetas?

Así canta la fábula el hechizo de nuestras riquezas mientras legiones de esclavos hacen gemir las entrañas de la tierra, horadan montes y cambian el curso de los ríos para robar a su cauce las rubias arenas del metal preciado.

Nuestras riquezas llegan a constituir un tópico literario y son tan frecuentes las alusiones a este tema, que no sería difícil allegar una brillante antología en los autores de la antigüedad.

San Isidoro recoge, condensa y conforma definitivamente el tema para que pueda pasar incólume al mundo medieval.

Nosotros vamos a reunir las menciones de los autores medievales franceses a nuestro alcance, a fin de ayudar al perfilamiento del concepto de la España medieval dentro del mundo románico.

Antes de entrar en materia hemos de preguntarnos si el tema que vamos a considerar remonta a una realidad histórica o es únicamente una pervivencia literaria.

Hemos dicho, al hablar de los corceles hispanos, que la toma de Barbastro fué algo así como un aldabonazo que despertó la dormida codicia del mundo románico incitándolo a la conquista del suelo musulmán.

Hay hechos históricos que condicionan nuestro tema, pero también hay razones políticas que están latentes. No podemos dudar que mucho habrá de política en el autor medieval que vive sin ninguna independencia económica y a merced de los grandes señores civiles o eclesiásticos.

Política militar y religiosa quizás sean los móviles fundamentales que incitaron a la reconquista de la España musulmana.

Política de cruzada y afán de riquezas, la fe y el oro, para que cuando la fe se entibie quede el oro que la caldea.

Por la fe y el oro se movían hacia nuestras tierras los guerreros europeos; por la fe y el oro surcaban las ondas temibles del Océano nuestras carabelas hacia América una vez que el moro y sus riquezas desaparecieron de nuestros horizontes.

La fe hizo ricos a los moros porque la fe sin la espada era impotente para ganar un trozo de suelo.

La riqueza del moro se hizo proverbial no solo en nuestra Patria, sino en toda la Galia. Hasta hoy perdura en la creencia popular el mito del moro guardador de tesoros encantados. Ya en la Crónica del Pseudo Turpin nos dice el autor que cuando caiga la llave del Idolo de Mahoma, ídolo que vigilaba el paso de las naves en el Estrecho de Gibraltar, será señal de que un rey nacerá en Francia que expulsará los infieles de nuestro suelo, ay!, pero antes los moros esconderán bajo tierra sus tesoros y huirán.

El mito que el Pseudo Turpin narraba allá por el duodécimo siglo vive hoy todavía en Galicia, el rincón de España que muy pronto se vió libre del enemigo de la Cristiandad. Huyeron los moros y sus tesoros quedaron bajo tierra.

Nadie se atrevería a poner ante los ojos de un ejército en marcha un país pobre y miserable como perspectiva.

Con oro encandiló Roma los ojos de sus legionarios para domeñar e incitarles a la conquista de nuestro suelo. El oro iba siempre por delante como dorada perspectiva de cada provincia que se agregaba al Imperio ya fuese la primitiva Hispania, ya la lejana Dacia, ya las desérticas arenas de la Mauritania.

No hay duda de que el cansado legionario hallaba menos oro del que las lenguas de sirena de la codicia prometía, pero el país quedaba conquistado y el enemigo vencido.

En vez de oro luego había de contentarse con una mísera parcela de tierra, que difícilmente le devolvía lo que entregaba en sudor y trabajo.

No convendrá nunca olvidar que muchos de nuestros fantás-

ticos forjadores de riquezas fueron gobernadores de nuestra tierra y que las razones políticas serpenteaban detrás de sus plumas.

Corre el oro fabuloso por los estremecidos versos de la *Chanson de Roland*. En ella se habla del "or de Galice", (1) expresión que resuena como un remoto eco de los autores clásicos, de Justino por ejemplo, el forjador de la montaña sagrada de oro.

Diez mulos cargados del oro más fino de Arabia pagan la traición del malvado Ganelón (2). Se palpa el oro en todo el poema, desde los enseres hasta los vestidos. Sarragoçe es una ciudad fabulosamente rica. Sería pesado intentar recoger todas las menciones que de nuestras riquezas hace la *Chanson*; el texto es demasiado conocido y no podemos detenernos a reunir las. Pasemos a otros textos para que podamos tener una visión de conjunto del tema.

Detengámonos un rato ante la *Chanson de Guillaume*, en una "laisse" encantadora, llena de ternura paternal. Parte Guillaume, queda Dame Guibourc llorando. Parte y lleva consigo un escudero, es casi un niño. Era tan joven que no tenía aun quince años. La gruesa lanza y el escudo pesan tanto que le inclinan hacia tierra y de vez en cuando queda su cuerpo colgando de los estribos. Vélo Guillaume y duélese de ello en gran manera. Toma todas las armas del muchachillo. No quiere herir sin embargo su orgullo de guerrero y cuando encuentra rumís o mercaderes, o llega andando hasta divisar un castillo o una villa, entonces entrega al niño todos sus pertrechos de guerra y cuando se quedan solos vuelve a cargarlas a sus espaldas. No quedan ya jóvenes guerreros en sus feudos. Todos se han ido

(1) (cf. *La Chanson de Roland*, ed. T. A. Jenkins. v. 1476 y nota correspondiente).

(2) Setecientos camellos cargados de oro y plata (v. 645) es el presente que Marsil envía al Emperador.

en brillante cabalgata tras elpreciado sobrino Bertrand y el amadísimo Vivien hacia l'Archamp. Allá están ahora empeñados en angustiosa batalla. Guillaume llora, llora todo el día. Y así va cabalgando en su dolor hasta llegar a *Loun al perron*, y su mente se pasea por otras horas felices cuando

De *l'or d'Espaigne* lur soleit porter largement;
 Por la folie i curent ore tanz.
 Unques les trente n'i conquistrent tant.
 Ne les seisante n'i achatent nient,
 Dunt entr'els tuz eslegassent un gant.

(S. A. T. F. 2470-2474).

Oro de España prodigaba Guillaume a los jóvenes de la ciudad; pero ahora viene a otra cosa:

Quant veit Willame les legers bagelers
 De *l'or d'Espaigne* li vienent demander.
 Car il lur soleit les anels doner:
 "Seignurs, ne me devez blamer,
 Or e argent ai jo uncore assez
 En Orenge, ma mirable citez.

(S. A. T. F. 3475-2480).

El Oro quedaba en Orange, la "mirable citez", huérfana de hombres, y defendida solo por las mujeres. Guillaume venía ahora por otro oro: la juventud, porque allá abajo, en L'Archamp el valeroso Vivien cosido de venablos paganos se inclinaba hacia tierra como una espiga madura y el temible Dera-med segaba la flor de sus vasallos. Pero aquellos jóvenes, acostumbrados al oro ganado sin esfuerzo, ahora, que el botín del poderoso ejército está a la vista, huyen como cobardes:

Turnent al paleis, asseent al manger.
 Ancui saverad Willame al curb nes
 Cum povres hon pot vers riche parler,
 E queles denrees l'um fait de cunsiler!

(S. A. T. F. 2492-2495).

Tampoco el rey Looy, el pobre rey, que todo lo debe a Guillaume, es más generoso con su fiel vasallo ahora que el cerco de lanzas musulmanas apuntan al corazón de sus más queridos deudos.

¡Qué diferencia entre estos momentos y aquellos otros donde:

Looy, sire, dit Guillelmes le fort,
 Por Deu, me done d'Espaigne toz les porz;
 Moie est la terre. tuens en iert *li tresorz*;
 Mil chevalier t'en conduiront en ost".

(C. F. M. A. 66. 490-493).

Así hablaba Guillaume en *Le Charroi de Nîmes*; llegaba entonces España hasta el corazón mismo de Francia, hasta las bocas del Garona, hasta Nîmes, hasta Orange y nuestro héroe se contentaba con cerrar los puertos Pirenáicos.

En "*Li Coronemenz Loois*" la morisma del rey Galafrés desembarca a las puertas de Roma; allí varias veces se hace alusión a nuestras riquezas. Cartage, esto es Cartagena, es una ciudad que nada en oro: ante las soberbias palabras del sitiador "*li apostoiles*", el papa, está espantado:

Li apostoiles en fu molt esmaiabiles
 N'i volsist estre por tot *l'or de Cartage*.

En términos semejantes se vuelve a expresar el poeta un poco después:

Quant l'apostoiles entent la raison sage
 Ne fust si liez por tot *l'or de Cartage*.

En otra ocasión una variante de manuscrito nos dice:

Il nel fereit por tot *l'or d'Arragon*

Las riquezas de Cordres, Córdoba, son proverbiales en todos los textos medievales franceses e incluso provenzales, citemos

por ejemplo estos dos versos de la *Chanson de Sainte Foi d'Agen*;

Guerpiron Deu, corron al fan
Cubrergröl tot d'aur cordoan

(C. F. M. A. 45. vv. 47-48).

De Barbastro y sus riquezas la historia nos ha dejado pródigas noticias y la *chanson de geste* "*Le siège de Barbastro*" no escatima ocasión de lucirlas. Solo vamos a escoger unas cuantas a fin de no hacernos pesados.

Acerquémonos al final de la gesta donde

Rois Loöys chevauche et sa route pleniére,
Contremont vers le ciel en leva la podriere

(C. F. M. A. 54. vv. 6764-6765).

Avanza incontenible el ejército cristiano, el campo de batalla se puebla de gritos de victoria, "Montjoie" dicen los del rey, "Commarchis", proclaman las huestes de Bueves, las de Guillaume "Orange", las de Hernauz "Gironde", las de Aymeri "Espagne", el campo entero grita jubiloso. El almirante ha sido vencido y huye, un templo pagano se ofrece al paso del ejército vencedor:

La dedenz sor l'autais fu danz Mahon trovez;
Devant lui mil mars d'or q'ofri li amirez
Hui matin devant lui con il fu adobez;
Les bras li defroissierent et janbes et costez.
Cil or fu as François departi et donez
Et tot lo grant eschec qui iluec fu trovez.

(C. F. M. A. 54. vv. 7005-7010).

Las huestes cristianas se acercan a Cordres, sus habitantes ven el campo cubierto de tiendas de campaña y preguntan a su *aumaçor* que han de hacer. Este les responde:

Por Mahon, dit Bruianz, ainçois la defendrons.
 Nos avons bien ceenz dis mile compaignons.
 Et la citez est riche et d'or et de mangons,
 De tirez et de poiles et de chiers siclatons;
 S'avon jusqu'a cinc anz pain et vin a foison.

(C. F. M. A. 54. vv. 7031-7035).

La ciudad, después de un duro combate cae en manos de los soldados de Looy, la sed de victoria no está saciada y la fiebre de conquista excita al valiente rey y dice a Buevon de Commarchis:

“Sire dux, dit li rois, s'avions conquesté
 Leride la garnie et la grant richeté,
 Bien avrion d'Espaigne l'orgoil maté.
 Molt i a de tresor la dedenz aüné,
 Dont paien ont Mahon servi et enoré;
 La moitié de noz jenz en seront bien loé,
 La serion bien tost, s'avons le mont passé.
 Alons i, dit li rois, n'i ait plus demoré”.
 François issent de Cordres, n'i ont plus arresté.
 Chevalchent vers Leride.

(C. F. M. A. 54. vv. 7115-7124).

Cabalgan hacia Lérida las gentes francesas, la sed del oro les hace irresistibles, las máquinas de guerra pronto destruyen las puertas de la ciudad, ni uno solo de sus habitantes queda con vida y

Tot en a fet fors treere char, forment et vin cler,
 Tot fist rois Loois a Barbastre mener.
 La peüssiez voir grant tresor aüner,
 Or et arjent et poiles, qui tant font a loer.
 Li rois lesse Leride, qant il l'ot fet preer;
 A Barbastre s'en vont et li duc et li per.

(C. F. M. A. vv. 7142-7147).

Llega el rey a Barbastro donde se encuentra la bella Malatrie, enamorada de Girart, y que no espera más que ser bautizada para casarse con él. Sube el rey las gradas del palacio y la bella Malatrie corre a abrazarle, sientanse en un torneado sillón y el rey le dice:

Bele, ce dit li rois, est Girarz vostre amis?
Volez le vos avoir? si sera vo mariz.

(C. F. M. A. 54. vv. 7167-7168)

La bella Malatrie responde:

Sire, dit la pucele, un mois est aconpliz
Que ne desirrai el ne par nuit ne par diz

(C. F. M. A. 54. v. v. 7171-7172)

Malatrie, no cabe dentro de sí misma, henchida del gozo que la promesa del rey ha suscitado; y un nuevo tesoro, hasta entonces oculto en la bien murada ciudad, descubre y ofrece al rey:

Sire, dit Malatrie, or vis sera jehiz
Lo tresor Justamont, qui tot est ceenz mis.
De douze rois i est amassez et conquis;
Toz sera a vos jenz doné et departiz.

(C. F. M. A. 54. v. v. 7177-7180)

Veamos ahora en que consiste tan gran tesoro:

Malatrie desserre un grant celier votiz;
Li tresors Justamont fu le jor desconfiz;
Onc mes ne fu par home un tel avoir conquis.
De tirez et de dras et de porpres floriz
Charcierent il leenz vint et qatre ronciz.
D'or et d'arjent trosserent deus toneaus raenpliz.
Le tresor ont trestot a François departiz:
N'i a cel ne soit toz riches et esbaidiz,
Et beneissent l'ore que vindrent el país.

(C. F. M. A. 54. v. v. 7191-7199)

Sale el rey de Barbastro acompañado de la hermosa Malatrie del claro rostro y de cuerpo gentil, van a Cordres en donde se ha de celebrar la boda. En el *perrón* del palacio de la gran torre cuadrada desciende la princesa de una mula aforrada.

La visten tres doncellas y sale de su cámara deslumbrante de belleza. Al verla los franceses exclaman: ¿Donde habrá sido hallada tan hermosa mujer? Cosa terrestre no es sino más bien de hadas. Mucha alegría puede en su corazón guardar, ningún día de su vida entristecido estará el hombre que tenga la dicha de poderla desposar.

Se adelanta el rey a recibir a la hermosa joven y

Li rois fet apeler dant Girart lo guerrier,
 Et li vassaus i vint, ne se fist pas prier.
 "Girart, dit Looïs, tenez ceste mollier".
 Et Girarz la reçoit, trois foiz l'ala besier.
 Par lo palés estoient teus cinc cenz chevalier,
 Qui por un des besiers donassent un destrier.
 L'amustant volt les nocés de sa fille enforcier:
 Il a fet deserrer un sozterrín celier,
 Des poiles que i sont puet en trois chars chargier,
 L'autre avoir ne portassent vint et quatre somier.
 Une corone en trait et un cercle d'or mier,
 L'amustant les a fet rois Looïs baillier;
 Malatrie corone que ne volt atargier,
 Puis corone Girart por s'onor essaucier,
 Lo cercle de fin or li fet el chief plier.
 Dient François entr'els, aval par lo planchier:
 "Bien senble Girarz prince, por terre justicier,
 Et ele enpereriz por grant país baillier".
 Looïs beneïst Girart et sa mollier,
 Puis les fist esposer son chapelain Richier.
 Onques n'i ot offert maaille ne denier,
 Fors poiles o cendaus o bons besanz d'or mier.

Cinc jorz durent les noces sus el palés plenier.

L'amustant fet fors trere son tresor enforcié;

Onc n'ot en tote l'ost un tot sol chevalier.

Ne donast un marc d'or por son cors aaisier,

(C. F. M. A. v. v. 7245-7270)

Una vez más tenemos ante nuestros ojos el mito de los tesoros ocultos bajo tierra; antes tuvimos ocasión de descubrir el de Justamont; ahora los dos del "amustant" de Cordres, padre de la bella Malatrie. Nuestro autor no pierde ocasión de sacarlos a relucir y parece que goza repartiendolos a manos llenas entre los ávidos guerreros.

Es hora que abandonemos la bella chanson de Geste sobre Barbastro. Estamos ante las últimas estrofas. El enemigo está vencido y

Des ora nadie tema la sucia paganía,

Bien queda España descombrada e vacía,

Hasta el perron Saint Jaque gastada e baldía.

Quince días enteros duró la gritería.

Estas agoreras palabras, deslizadas por el autor en una de las últimas "laisses", son como un fatal presagio: el fantasma de nuestras riquezas parece alejarse por el horizonte para morir, se oculta bajo la tierra y en los textos.

Pasado el peligro musulmán, alejada de las fronteras de la Galia, para siempre, la morisma, sus tesoros ya no arrastran a nadie en busca de aventura.

La España país de riqueza y aventuras desaparece y nuestra patria se hace un país como otro cualquiera de la Romania, como Italia, como la propia Francia.

El ímpetu de los caballos se afloja, la epopeya se retira, los héroes comienzan a esconderse: alborea el siglo XIII. La fantasía es barrida por la realidad de las cosas y el pueblo galo nos

deja condensada en jugosa sentencia su nueva concepción hispana:

Ici e en Espaingne
Mal vit qui ne gaaingne.

(C. F. M. A. 47. n. 854)

A las calenturientas imaginaciones de los poetas suceden los fríos cálculos de los burgueses. La realidad se impuso y el mito ha muerto, muerto pero no olvidado, porque los "châteaux en Espagne" siguen todavía albergados en la mente de muchos franceses.

III. UN IDILIO ALMERIENSE EN EL SIGLO XIII

Almería, Aumarie en los viejos textos franceses, es una ciudad encantadora, llena de sol y de mar templado; pacífica y trabajadora hace llegar hasta las nebulosas regiones de la Mancha sus sedas de maravillosos colores.

Ya en el siglo XII las oriflamas de seda almeriense se yerguen vistosas por cima de los yelmos de los guerreros de la épica. Veámoslas en la *Chanson d'Aspremont*:

Li mes s'en vont une lande enermie.
Acars de Flors ot ja la noise oïe
Con la premiere esciele est esfreïe;
Tote la saie avoit ja estableie.
Conut l'ensegne de soie d'Almarie.

(C. F. M. A. 25*. v. v. 8123-8127)

También el autor de *Le siège de Basbastre* siente especial cariño por tan delicado tejido. Ante la bella Malatrie vemos armarse a *Malaquin le felón*:

Par devant la pucele, par delez un perron,
Ja s'asist li paiens devant meint Turc felon.

Ses chauces li lacierent, d'or sont li esperon;
 En son dos li vestirent un hauberc fremillon,
 E li lacent un hiaume Fabur de Clerlion;
 Si li cengnent l'espee au senestre giron;
 Un destrier li amoinent et il monte en larron;
 Prant l'escu et la lance au vermeil confanon

De soie d'Aumarie.

Or fu li Turs montez sor un destrier corant.
 Il point et esperonne par mi la place grant;
 La lance au confanon ala bien paumoiant.

(C. F. M. A. 54. v. v. 1602-1613)

Mientras el viento hace palmotear el gallardete del felón Malaquín y los paganos al verle auguran negras horas para los franceses, vayamos nosotros a contemplar la brillante arribada del ejército liberador del rey Loos.

Sus enseñas también son de seda de Almería, no es el tejido privativo de los paganos:

Rois Loos chevauche o tote s'ost bannie;
 Cent et cinquante mile sont en sa compangnie;
 Enfreci c'a Nerbone n'i aresterent mie.
 Et Aymeris li cuens, que Jesu beneïe,
 En son palés monta, et o lui sa mesnie;
 Dame Hermenjart o lui, ou li cuens molç se fie.
 Li cuens a regardé vers la forest antie
 Et vit trois mile ensengnes de *soie d'Aumarie*.
 Et bien connut qu'il erent de France la garnie.

(C. F. M. A. 54. v. v. 3903-3911)

Los mercaderes hacían llegar hasta la Galia las famosas sedas d'Aumarie ya en el siglo XII, el de la épica. Entonces las brillantes sedas se teñían de la roja sangre de las batallas, era un decir de entonces, pero ahora eso no nos interesa, nuestro objetivo es más pacífico, vamos a detenernos ante una breve *nou-*

velle en prose de un siglo más tarde, del siglo XIII, ante la *Fille du Comte de Pontieu*.

Pisamos un terreno más firme, la vida entra a raudales en la obra. La traba diaria, el estorbo cotidiano, las fatigas del vivir ordinario se asoman de vez en cuando. Respiramos otro clima. Mientras en la gesta moros y cristianos se increpan ferozmente sin que el autor piense si ambos se entendían, aquí el artista introduce el necesario intérprete que la realidad exige. Si los héroes cabalgan presurosos sin frío ni calor, sin tiempo ni espacio, aquí por el contrario el tiempo les preocupa, la fatiga les detiene y comen y duermen, en una palabra viven.

Pero no nos demoremos más y pasemos a nuestra historia:

Tibaut hijo de la Dame de Domart se casa con la hija del Conde de Ponthieu. Cinco años vivieron juntos y con gran placer, pero no plugo a Dios que tuviesen un heredero, por lo que ambos se dolían grandemente. Deciden pués, de común acuerdo, ir ambos en peregrinación a Santiago de Galicia para impetrar del Apóstol un heredero.

Pónense en camino y ya a dos jornadas de Santiago, en una buena ciudad donde pasan la noche, al caer de la tarde, preguntan al posadero como sería el camino de la próxima jornada y este dice:

“Sire, pres de ceste ville averés un peu de forest a passer; après, toute jour bele voie”. Atant se teurent. Li lit furent apparellié, si vont jesir. El demain fist molt bel, pelerin se leverent ains qu’il fust jors et fisent noise. Et mesires Tiebaus s’esvella et se trova un peu pesant sen sanc, et dist a sen canbrelenc: “Lieve te, et fai nostre maisnie lever et tourser et aler leur voie, et tu remanras et torseras nostre lit, que je sui un peu pesans et mehaitiés”. Cil le conmanda et il s’en alerent. Petit demoura après, mesure Tiebaus se leva, li valés torsa, et li palefroi furent apparellié, si monterent, et n’estoit encore mie jors, mais molt faisoit bel”.

Detengámonos un instante a reflexionar sobre el texto que

acabamos de leer. Observemos los detalles íntimos del fatigoso peregrinar del siglo XIII. Los peregrinos van en tropel, cargados con sus enseres, con sus lechos.

Contemplemos la ordenada secuencia de los hechos en la tarde del medievo: tras las palabras del posadero, se callaron, prepararon sus lechos y se acostaron, y luego los ruidos, la sorda algarabía de los peregrinos al levantarse: también el amanecer medieval está poblado de ruidos. ¡Quién nos hubiera de decir esto en este siglo que ni el silencio se conoce en las horas del sueño! ¡Qué desencanto para los que sueñan con un medievo de noches silenciosas y amaneceres tardíos! ¡Qué diferencia con las horas presurosas del guerrero que recibe la noche como una tregua fastidiosa que estorba su quehacer batallador! ¡Quién no ha advertido el inmenso gozo, la íntima alegría con que el héroe recibe el amanecer? La voz clara de la trompeta de Guillaume que rompe las sombras de la noche, todavía agazapada entre las oscuras encinas del bosque, está llena de frescor y rocío y gozosa la saludan y contestan las de sus impacientes caballeros. Parece que el héroe ama el amanecer mientras que el burgués busca y se refugia en el tibio sopor de su lecho contra los albores, que roban horas a su descanso.

La larga jornada y el difícil camino apetecen un codiciado reposo; nos habla un autor con experimentado realismo y por eso lo vemos recrearse en un hecho aparentemente tan pueril como el de preparar su cama: primero dice "li lit furent aparellié", "torseras nostre lit" y luego "li valés torsa".

Sabe nuestro autor del enojoso caminar entre lluvia, viento, frío y por un camino enfangado, por eso vemos cargado el pasaje de preocupación por el camino que ha de seguir y por el tiempo: dos veces nos advierte "el demain fist molt bel", luego "et n'estoit encore mie jors, mais molt faisoit bel". El buen tiempo, la alegría del sol, el cielo azul, limpio y despejado son cosas que importan al peregrino, bien lo sabe nuestro autor.

Pero prosigamos nuestra historia: Parten primeramente to-

dos los servidores con los demás peregrinos y atrás se quedan los condes con su mayordomo. Puestos los tres en camino, no habían andado mucho cuando se encontraron con una tupida floresta por la cual se adentraban dos caminos, uno bueno y otro malo. El conde dice a su senescal: *.Fier des esperons, ataing nostre gent, et di qu'il nos atengent. Laide cose est a dame de chevaucier parmi forest a pau de compaignie*". Sabia advertencia la del conde si se hubiesen quedado quietos esperando a sus criados; pero el camino amplio y cómodo engañó a los dos peregrinos porque, apenas habían andado un poco, cuando el sendero comenzó a estrecharse y ensombrecerse con tupido ramaje. "Dame, moi samble que nous n'alons mie bien" dice el conde. Tarde repararon en ello pues no bien habían dicho esto cuando cuatro hombres de fiera catadura armados y montados sobre enormes caballos con lanzas en la mano les cerraban el paso; miran hacia atrás y otros cuatro ven que les cortan la retirada. Mata el conde a tres de los bandidos pero los otros cinco le rodean y matan a su caballo el cual al caer le aprisiona con su cuerpo. Se apoderan del conde los ladrones, "le tolirent sa reube dusc'a la cemise, et esperons et hoeuses, et prisent la corioie d'une espee et li loierent les mains et les piés, si le geterent en un buison de ronses". El pobre caballero ve impotente como los bandidos se disputan su esposa y tras desnudarla abusan de ella, tornando a dejarla en el camino. Llámala el conde en su auxilio, corre ella hacia el matorral, encuentra en su camino una de las espadas abandonadas por los bandidos y con ella en la mano se acerca al marido. Lánzale una estocada dispuesta a matarle, hurta el lance su esposo y en desesperado esfuerzo para huír logra quebrantar las ligaduras que le apresan pero no sin que su brazo haya sido alcanzado por una de las estocadas de su esposa. Así sangrando logra al fin ponerse en pié y arrebatarle la espada a su mujer. Llegan entonces los lacayos y cuenta el conde el accidente sin mencionar para nada el comportamiento de su esposa,

pero, observa el narrador “n'onques a la dame piaour sanblant mesire Tiebaus n'en fist”.

Al anochecer descansan en buena villa y mientras el se va a cumplir su voto a Santiago, deja a su esposa en una casa de religión acompañada de algunos servidores, a su regreso recoge a la dama y “le remena en u país et a si grant honeur et a si grant joie com il l'en avoit menee, fors ke de gesir en son lit”.

Gran alegría recibieron los familiares con su regreso, tanta que “li qens de Pontieu menga avoec monseigneur Tiebaut a s'escuele”, gracioso detalle éste de comer en la misma escudilla, símbolo de gran afección en el mundo medieval. Tras la comida el conde le interpela: “Tiebaut, biaux fix, ki lonc va, il voit. Or me contés aucune aventure que vous avéz veüe u oï dire”. Un aire de familiaridad envuelve el pasaje, primero el refrán “ki lonc va, il voit”, luego la sobremesa deseosa de noticias tan incitantes en el medievo cerrado de horizontes y mordido siempre por la curiosidad. Su propia y extraña aventura cuenta Tiebaus y al preguntarle el de Pontieu que había hecho el caballero con la dama vuelve a repetir la frase “l'avoit remenee a autel joie et a autel houneur com il l'en avoit menee, fors ke de jesir en sen lit”, “je l'euse la pendue a le brance d'un arbre par les treces, d'une ronse u de le coroie meisme” tercia el conde de Pontieu sin saber que a su hija misma está condenando. Descúbrele el acongojado marido su caso y terminada la fiesta el de Pontieu se va a Rue sur Mer, acompañado de sus hijos los condes, prepara un batel y con los marineros imprescindibles, tras embarcar un tonel, se hacen a la mar. Ya en alta mar desfondan el tonel, mete en el a su hija, lo vuelven a cerrar y lo encomiendan al viento y a las ondas del mar, a pesar de los ruegos de su marido y hermano.

Unos mercaderes flamencos que navegaban hacia tierras sarracenas para comerciar, vieron el tonel, lo recogieron y dentro se encuentran a la hermosa condesa: “et troverent la dame ens gisant, tele come sor l'estaindre, car airs li estoit falis, col

gros, et vaire enflé, et les iex lais. Et quant elle reut l'air, si respira et sospira". Notemos una vez más el realismo de la descripción, la precisión de los detalles, que revelan a un admirable observador.

Tanto corrió la nave de los mercaderes que pronto llegaron a Almería. Al entrar en su puerto, se acercaron unas galeras preguntandoles quienes eran: "Marceant somes". Il avoient leur conduis des haus homes qu'il pooient aler en totes parties saument". Apreciemos la realidad de la llegada a una tierra extranjera, el salvoconducto o pasaporte ya entonces imprescindible; bien centrado en el mundo está nuestro autor y bien sabe la realidad de los hechos.

Deciden los mercaderes regalar la hermosa dama al soldán de Almería, el cual cobra por ella una gran afección y quiere hacerla su esposa si deja de ser cristiana. "Ele vit bien que mix li valoit faire par amours que par force, se li manda qu'ele le ferait". ¡Magnífica ocasión para una mártir que un poeta de la épica no desperdiciaría, sin embargo aquí como el buen burgués sabe adoptar la protagonista a las circunstancias! Pronto nacieron un niño, luego una niña. Pronto también comenzó a entender el "sarrasinois" y en seguida lo habló "molt bien", el hecho lingüístico viene finamente captado: primero lo entendió, luego lo habló muy bien.

Tornemos ahora al desconsolado padre y al desgraciado esposo. Pesa sobre su alma el castigo de su hija, se confiesa con el arzobispo de Roem y se hace cruzado. Su yerno le acompaña en su peregrinación a los Santos Lugares, un año estuvieron al servicio del Temple. Luego deciden regresar a su tierra. Embarcan en Acre, en alta mar una tempestad horrible les sorprende y el viento les lleva de acá para allá hasta que al fin divisan tierra. Preguntan a los marineros que tierra es y estos les dicen que es de sarracenos y se llama Almería. Se pliegan los héroes a las circunstancias porque "de plus cruel mort ne poons nous morir que de noier".

Rodeanlos las naves sarracenas y los hacen prisioneros. Entregan sus cosas al sultan y los meten separados en la prisión.

Un día de fiesta, la del aniversario del soldán, sus soldados reclaman su derecho a adiestrarse al blanco tirando sobre un cautivo. Este les dice que cojan los que menos puedan vivir.

La dama que está presente se dirige a su esposo: "Sire, je sai françois, si parleroie a cest povre home, se vos plaisoit". Accede el soldán. Pregúntale ella de que tierra es y le dice que señor y conde era de Pontieu, en Francia. Pide ella al soldán que le ceda ese cautivo para jugar con él al ajedrez y a las damas, accede éste gustoso.

El carcelero trae entonces otro cautivo y "amena monseigneur Tiebaut vestu de chaviaus et de barbe, magre et descarné". Interviene la dama diciendo que también la gustaría hablar con él. Tras de hacerlo, ruega también a su señor que se lo entregue "car il set de tous deduis, et ses verrés volentiers juer ensanlle", accede éste a su deseo y ya los guerreros comienzan a impacientarse. Vuelven a la cárcel y traen a su hermano "covert de molt biax keviax, sans barbe, et si estoit febles qu'il ne se pooit soutenir". Pide una vez más la mujer que le permita hablar con éste nuevo cautivo y torna a pedirselo al soldán que una vez más accede a su deseo "car il set d'eskiés, et de tables et de biax contes asés". Los narradores de cuentos gozaban entonces de gran prestigio porque pocas más diversiones tenía el hombre medieval.

Vuelven otra vez a la cárcel por un nuevo cautivo, "Ele parla a lui, nen connut mie, livrés fu a son martire". ¡Cruda expresión de la piedad burguesa que no alcanza más que a sus deudos!

Cuando la fiesta se acabó torna la reina a sus cautivos, éstos le preguntan cuando les matarán, ella les dice que no será pronto, duélense ellos porque "nos avons si fain que li cuer nous partent".

Veamos ahora los exquisitos y serenos cuidados de la mujer: "Et ele s'en essi et fist apareller viande, si leur aporta et trencha

meisme a sa main et si douna a chascun un morsel et petit a boire. Et quant il orent chou pris, si eurent plus fain que devant. Ensi lor douna a mengier par dis fois le jour et a chascune fois un morsel ou deus. La nuit a aise jurent. Ensi la dame tous les uit jours les peut et aaisa a chascune fois petit, et tant qu'il furent si fort qu'ele leur abandouna viande et boire". Hemos de admirar en éste trozo la ternura serena y calculada de la hija, hermana y esposa de los tres cautivos. Ni lágrimas ni abrazos, lo mejor orientado al mejor fin, sin arrebatos ni locuras, parece un médico y no una mujer la que les cuida, ella sabe calmar el impaciente apetito de sus deudos, detener la voraz ansia del hambre y acaso ellos mismos lleguen a pensar que un nuevo martirio más fino y doloroso, se añade al torvo ayuno de los calabozos. Notemos sobre todo la morosidad con que el artista se detiene en este detalle, aparentemente sin importancia, el realismo y la veracidad del hecho es pasmosa para un autor medieval, son pinceladas maestras reveladoras del albor de un nuevo arte.

Prosigamos nuestro relato: Poco tiempo después el soldán tuvo que hacer la guerra a otro vecino suyo que con frecuencia devastaba sus dominios; cuando la dama lo supo vino a la cámara en donde estaban sus prisioneros "et il ierent si acoustumé que pour s'en aler ne por s'en venir il ne se mouvoient" graciosa observación para demostrar la confianza y llaneza con que la reina les trataba: no se levantaban ni tenían hacia ella ninguna de las normales deferencias hacia un superior.

Pregúntale a su marido que le cuente la historia de su mujer y aquí, después que éste se la explica, interviene ella diciendo: "bien sai por quoi ele le vaut ocirre: ... Por le grant honte qu'il avoit veu que ele avoit soufferte et rechet devant lui".

Arrepiéntese el marido y el padre de su comportamiento y luego ella se descubre como hija y esposa. Lloran todos de alegría pero ella les exige simulación de su parentesco y dice a su marido que acompañe al soldán en su expedición guerrera. Acompañale éste y es tal su comportamiento que el soldán le col-

ma de honores. A su regreso, la reina se finge enferma y le dice "Sire... je ne menjai ne ne bui pus ke vous en alastes, par sa-veur, et me dist mes viex prisons que, se ge ne sui sus terre de droite nature, morte sui". Respóndele el soldán que diga a que tierra quiere ir que el con mucho gusto la llevará.

Prepara el soldán una nave con vino y comida, manda conducir a ella a su mujer acompañada de su hijo y de sus tres prisioneros y ya en alta mar le dicen los marineros: "Nostre vens nous porte droit a Brandis". Et ele dist: "Laisiés aler abandou-neement, car jou sai franchois, si vous conduirai bien partout".

Llegados a puerto manda tornar a los marinos y les dice: "Seigneurs... j'ai molt tolu au soudant quant jou li ai tolu mon cors et son fil, ne plus de sez cozes jou ne li bé a tolr" y luego les encarga repitan al soldán: "que jou li ai tolu mon cors et son fil et jeté de sa prison mon pere et men baron et men frere". Notemos en sus palabras el dejo de ternura, no hay en ellas fiera hacia su señor, horas de dicha y felicidad pueden encontrarse aun en tierra de moros, hombres buenos y esposos tiernos pueden ser también los de otra fé. Ella sabe el cariño que el soldán le profesa y sufre también al abandonarle, Almería y su tierra, su sol y su mar han dejado en su alma un recuerdo dichoso. Allí va con sus seres más queridos; mucho le roba al soldán, su barco y sus tesoros que los marineros tornen a devolverlo. Pero aún allí le queda algo, una bella hija que las gentes llamarán la "Bele Cative" que el destino reserva para ser madre del gran Saladino.

La paz se ha hecho entre moros y cristianos, ya las gentes pueden comprender que la dicha y el amor florezcan en ambos bandos, el comercio y contacto entre ambos pueblos está establecido: la civilización ha dado un paso más. Atrás se queda el siglo de los enemigos irreconciliables, de las dos banderías, del exterminio y la muerte, de la conversión o el martirio, del asalto a las ciudades y del saqueo de sus tierras: el siglo de la épica.

Notad en todo el relato la ausencia absoluta de adjetivos

ofensivos hacia el enemigo de la fe, ya no hay el "turc felon", "la pute gente", "la gent mescreu" que asoman de continuo en la épica. El autor es objetivo en sus juicios, realista en sus descripciones, no siente odio hacia el pueblo musulmán, para él, aparte de sus creencias, es un pueblo como otro cualquiera.

Notad la diferencia entre el siglo de la épica y este otro que ahora comenzamos a desvelar. Comenzamos a advertir las primeras huellas de una incipiente burguesía que no se entusiasma con empresas guerreras ni con héroes irreales, nuestra historia es de paz y de sosiego. Nada la agita, la pluma del autor discurre serena y calculadora, sabe fijarse en detalles admirables tomados del diario vivir y fielmente reflejados. Los dos pueblos son diferentes, por su lengua, su religión, por sus costumbres, y estas diferencias crean situaciones admirablemente expuestas, pero entre todas estas diferencias la necesidad puede exigir la adaptación y el amor puede brotar sin trabas.

JOSE L. PENSADO